

CEMENTERIO PROTESTANTE DEL SOCORRO.
(HOY JUNCAL 866, PEGADO A LOS EDIFICIOS DE LA IGLESIA DEL SOCORRO).

La fundación del cementerio protestante del Socorro fue el primer emprendimiento conjunto de la comunidad británica de Buenos Aires.

En diciembre de 1820, un grupo de comerciantes convocó a asamblea a los súbditos de Su Majestad Británica en Buenos Aires "con el propósito de considerar la necesidad y propiedad de comprar un sitio de terreno apropiado para el entierro de protestantes que puedan morir en esta Ciudad y alrededores' " y la asamblea, realizada el 15 de ese mismo mes, resolvió formar una comisión que debía recoger suscripciones y solicitar autorización al gobierno para comprar un terreno que les sirviera de cementerio. La comisión estaba integrada por los comerciantes George Dickson, John Carlisle, Hugh Dallas, Adam Guy, Thomas Nelson, William McCrackan y William Cartwright.

Mientras unos se presentaban ante las autoridades solicitando autorización, los otros visitaban a los miembros principales de la comunidad para pedirles su aporte. Pocos días después, el 27 de diciembre se dejaba constancia de que se habían reunido \$1604 aportados por los siguientes treinta y tres suscriptores: Tayleur Cartwright & Co., McNeile Dickson & Co., Heyworth & Carlisle, Miller & Eyes, Winter Brittain & Co., Brown Buchanan Co., Anderson Weir & Co., John Parish Robertson & Co, William Hardisty & Co, John & William Cochran, J. Bayley, Plowes Noble & Co, Sheridan brothers, McCrackan & Jamieson, Alexander Miller, Arthur Shork, James Hodgson, Joseph Thwaites, Thomas Nelson, Hugh Dallas, Adam Guy, Mary Clarke, J. Gibson junior & hermanos, Thomas Whitfield, Thomas Eastman, George Macfarlane, John Turner, Hibbert Wanklyn & Bradshaw, John Robinson, Bertran Armstrong & Co., John Harratt, John Appleyard y John Cross. Con ese dinero en el bolsillo, se dividieron las tareas: Dickson, Guy y Cartwright buscarían el terreno apropiado, y los demás visitarían al resto de los miembros de la comunidad para pedirles su aporte.

El 17 de enero de 1821, Dickson, Guy y Cartwright informaron a la comisión que la fracción de terreno más conveniente para el propósito (después de examinar varias otras) es aquella que les propusiera Mr. Wilde, y que en la actualidad es propiedad de don Benito Zelada, situada entre el cementerio de la Iglesia del Socorro y la quinta de Maza, hoy ocupada por Mr. Cartwright. Dicho terreno mide 73 varas por 17 1/2 y tiene una pared en ambos costados y en el frente, junto a la calle, en su mayor parte de 2 3/4 varas de alto, Puesto este informe a consideración de la totalidad del Comité, se acordó que el dicho terreno sea comprado en los términos más razonables; previa obtención del permiso del gobierno para el destino propuesto, y que los presentes miembros lleven a cabo lo resuelto solicitando al Reverendo Mr. Thomson que les preste su asistencia".

La instalación del cementerio protestante fue autorizada por el gobierno el 22 de febrero con un dictamen del presbítero Antonio Sáenz que decía así: "..la jurisdicción eclesiástica no puede mostrar la menor repugnancia a un pensamiento que por todos respectos es laudable. Ni en los principios católicos de la Iglesia Romana hay uno solo que esté en oposición con la inhumación decente que se debe a los cadáveres, sea cual fuese la creencia que los individuos tuvieron viviendo. Así que, no tratándose ahora de la sepultura eclesiástica en los templos de los católicos romanos que es la única que les está privada por los sagrados cánones; la que hoy se pide es de rigurosa justicia aun de rigurosa esencia pública concederla. Es por eso que el fiscal considera que tal permiso es de mera atribución del Gobierno y su alta policía; a

quien al efecto puede V. S. manifestar su opinión y conformidad por la solicitud de Mister Adan Guy..".

El 3 de marzo la compra del terreno pegado a la iglesia del Socorro, en la hoy calle Juncal (entre Suipacha y Esmeralda, costado Este de la iglesia), quedó protocolizada en los siguientes términos: "Sea notorio como que yo Da. María de las Nieves Echenagusia mujer legítima de Dn. Benito Zelada, vecino y del Comercio de esta Ciudad, con la venia y licencia que le he pedido y me concedió para este otorgamiento... otorgo, que por mí y a nombre de mis hijos, herederos y sucesores, vendo desde ahora y para en todo tiempo, a los señores Dn. Jorge Dickson; Dn. Guillermo Carlisle; Dn. Hugh Dallas; Dn. Adam Guy; Dn. Thomas Nelson; Dn. Guillermo Cartwright y Dn. Guillermo McCrackan (que compren por sí y en nombre y con poder de otros) para si, los suyos y quien la represente en cualquier manera que sea, un sitio o solar que tengo y poseo por mío propio en la traza de esta ciudad y Barrio del Socorro, compuesto de diez y siete y media varas de frente y setenta y tres de fondo; lindando por dicho frente, calle en medio, con Dn. Francisco Mazera; por el Este con los herederos de Dn. Mateo Maza; por el Sur con Dn. Francisco Saldaña, por el Poniente con pertenencias de la Iglesia del Socorro; y el citado sitio me corresponde por así haberlo declarado a mi favor el citado mi esposo, en remuneración y pago de los varios intereses y prendas mías de que había dispuesto, según aparece de escritura que otorgó en veinte y tres de junio de mil ochocientos diez y siete ante el Escribano D. Narciso de Iranzuaga, (.) y en los términos relacionados, y con la prevención que ningún derecho me asiste en las paredes de los costados, y si sólo en la del frente a la calle, se los vendo, con todas sus entradas, salidas, usos y más cosas que anexas tiene y le corresponden según derecho por libre de censo, empeño e hipoteca especial ni general que aseguro no tenerla; y se lo doy, por la suma y cuantía de setecientos pesos..",

El 19 de marzo de 1821, la asamblea de los suscriptores aprobó la compra y su destino, a la vez que formó un nuevo comité organizativo, integrado por Cartwright, el reverendo James Thomson, James Brittain, Williams, Hugh Dallas, William Parish Robertson, John Harratt y Thomas Whitfield, que debía levantar tapias, colocar un portón de 12 pies de alto sobre la calle del Socorro (Juncal). y diseñar el enterratorio de la mejor forma posible. Asimismo, se dispuso que por el entierro de cada suscriptor o miembro de su familia se pagarían 5 "dollars" (pesos), y por cualquier otro individuo 10 "dollars" considerándose por supuesto los casos de pobreza. Días después, cuando el sitio era todavía un potrero, se recibió al primer muerto: John Adams, inglés, carpintero de 30 años, fallecido de tuberculosis.

Muy pronto, el cementerio protestante de la calle del Socorro se convirtió en un prolijo jardín precedido por una capillita con pórtico de orden dórico que se levantó en el frente del terreno. A los costados de una avenida central fueron ordenándose las tumbas con sus cruces y lápidas, hasta que la cantidad de muertos superó el espacio disponible y hubo que ocupar también la avenida. El último entierro data del 3 de diciembre de 1833: Elizabeth Graham, de 8 días, nacida en Buenos Aires.

Entre 1821 1833, se Sepultaron en el Socorro 664 cadáveres: gran cantidad de gente de mar, desde capitanes de buques a marineros; comerciantes grandes y pequeños, técnicos, profesionales, aventureros y muchísimos niños menores de 10 años. Venían de los lugares más diversos de la tierra: Inglaterra, Escocia, Irlanda Gales, Alemania, Prusia, Hanover, Suiza, Suecia, Dinamarca, Noruega, Francia, Jamaica, Isla de Santa Elena, Holanda, Estados Unidos, Canadá.. (ver listado en Apéndice).

El primer muerto ilustre fue César Augusto Rodney, ministro plenipotenciario enviado por

los Estados Unidos de Norteamérica, que falleció en Buenos Aires el 10 de junio de 1824, luego de varios ataques de apoplejía, y fue conducido al Socorro y enterrado el 12 de junio, estrenándose para la ocasión un lujoso carro de primera clase, en el cual iban cruzadas las banderas de los Estados Unidos y de las Provincias del Rio de la Plata.

Cuenta el Argos de Buenos Aires que "A invitación de la legación de Estados Unidos á cuyo frente estaba según correspondía, el Sr. Forbes, y de la familia del Sr Rodney, se reunieron en la mañana de este día en la casa mortuoria, multitud de ciudadanos, tanto del país como extranjeros. A las diez y media asistieron al mismo punto los ministros secretarios acompañados del Estado mayor y de los jefes de los departamentos civiles, y un cuarto de hora después se ejecutó la ceremonia religiosa, que según el rito presbiteriano corresponde en tales casos. Concluido este acto á las once y media salió el cadáver conducido por seis individuos norteamericanos, y fue colocado en un carro fúnebre de primera clase perfectamente adornado; la fortaleza hizo entonces la salva nacional ordenada por el gobierno. La comitiva que ocupaba una multitud de coches, y la que marchaba a pie, llenaban más de tres de muestras cuadras, fuera de la escolta de húsares con que se cerraba el acompañamiento, el cual se condujo por las calles de la Universidad, de la Plata y del Perú hasta el cementerio de protestantes situado al lado de la parroquia del Socorro (...). En la plaza del Retiro, dos cuadras antes del cementerio, la comitiva que iba en coche bajó y se incorporó a la que marchaba a pie, en cuya forma llegaron hasta aquél lugar siguiendo a paso pausado. Al entrar el cuerpo al cementerio, la artillería volante que estaba formada con un batallón de fusileros, principió la segunda salva nacional, la cual duró hasta el momento en que el cadáver fue puesto en la huesa destinada, A este acto, sucedió el silencio más profundo, en cuyo tiempo el Sr D. Bernardino Rivadavia acompañado del honorable J. M. Forbes, se colocó al borde del sepulcro, y pronunció un discurso lleno de sentimiento y elocuencia, delante de una reunión de las más respetables y numerosas que ha conocido el país (...). Concluido este acto el batallón que estaba destinado a hacer los honores, hizo una descarga general y en seguida regresó la comitiva a la casa mortuoria, según costumbre". Thomas George Love dejó escrito que "nunca presencio el país nada más imponente que estos funerales".

Otro entierro largamente recordado fue el de la joven Eliza Brown, bella hija del almirante, que murió ahogada en el Riachuelo en la Navidad de 1827. Eliza había estado comprometida con el gallardo marino escocés Francis Drummond (ver), oficial de la escuadra de Brown durante la guerra con el Brasil, quien después de haberse batido heroicamente en el combate de Juncal, cayó mortalmente herido en la batalla de Monte Santiago y murió a bordo de la Sarandí, el 8 de abril de 1827. Sus restos fueron enterrados en este cementerio del Socorro. La novia fue sepultada a pocos metros de su tumba, luego de un conmovedor funeral: "...Casi cuarenta carruajes siguieron al coche fúnebre, que conducía los restos de un ser tan joven y amable a su última morada. El coche del gobernador, el de Lord Ponsonby y el del cónsul general británico integraban el cortejo. Dos caballeros ingleses se preocuparon por mantener el orden y el arreglo de la procesión. La asistencia de público fue considerable, de 'hijos del país' británicos, norteamericanos y otros. El ministro de guerra, Balcarce, el de marina, Irigoyen, el comisario general, Goyena, y los funcionarios de esa repartición asistieron con uniforme de gala, así como los capitanes Fournier, Granville, y otros oficiales navales; el inspector general Rondeau, el coronel Ramírez y otros oficiales militares estaban también de uniforme, el capitán Coe, así como un grupo de civiles, vestían sencillo atavío de luto". Los restos de Eliza Brown pasaron junto a la cruz de su amado Francis, para seguir luego hasta su sitio de descanso en el fondo del terreno. La lápida de la niña, en mármol blanco, tenía inscripto un verso que se iniciaba con las palabras "Victima de la ola traicionera".

Un año más tarde, un grupo de amigos de Drummond encargó al escultor francés Dupuch un monumento en memoria del héroe, adornado con trofeos navales y otras divisas, que se colocó en el cementerio, y decía así: "Freedom shall weep o'er her lost hero:/ The laurel and thistle shall bloom o'er his grave,/ Who fought like a Nelson, -Who died like a hero:/ And long be remembered young Drummond the brave."

Desde 1825 la comisión de administración estuvo presidida por el reverendo John Armstrong, de la iglesia anglicana, secundado por varios comerciantes británicos, En mayo de 1827, el cónsul Woodbine Parish inició gestiones ante el gobierno local para que le cediera a la comunidad británica un terreno para levantar su templo en algún sitio céntrico, y aprovechó para pedir un préstamo y otro terreno, separado, para un nuevo cementerio, ya que, decía, "el enterratorio británico es muy pequeño, en realidad ya está casi repleto, y es absolutamente necesario organizar algo nuevo (..) hay una parte de los terrenos de la Recoleta que quizá puedan conceder se para este objeto, pero si no el gobierno tiene otros terrenos disponibles...". El gobierno contestó, el 3 de agosto, que estaba dispuesto a cederles un terreno para iglesia y otro para cementerio, pero que la grave situación del país no permitía auxiliarlos con fondos. Para entonces, Buenos Aires vivía una crisis política que culminaría con la guerra civil de 1829 y ninguno de los gobiernos que se sucedieron tenía tiempo para esas cuestiones.

Finalmente, en febrero de 1830, el gobierno de Rosas cedió un terreno para iglesia (ver iglesia anglicana de St. John 's) pero no hubo terreno para nuevo cementerio y los residentes comenzaron a juntar fondos para adquirir uno. Cabe agregar que desde por lo menos 1829 los servicios de funerales estaban a cargo de John Whitaker, quien en abril de 1831 fue reemplazado por William Sinclair Wilson. En ese año la comisión administradora se vio obligada a aumentar los aranceles de entierros debido a la escasez de lotes disponibles y a la inflación: \$25 para los suscriptores y \$35 para los no suscriptores. La última comisión administradora estaba integrada por John Armstrong, George M. Portis, Robert Hill, Samuel Bishop, Adam Young y Watson (¿John o George?).

El cementerio cerró finalmente sus portones en diciembre de 1833, cuando ya estaba listo y funcionando el segundo enterratorio protestante de Victoria, ubicado en la hoy Plaza 1° de Mayo, calles Hipólito Yrigoyen (Victoria) y Pasco. Con el correr de los años, algunas pocas familias fueron trasladando los restos de sus deudos, mientras un yuyal iba creciendo sobre tumbas y lápidas. Desde 1833 hasta 1840, estuvo totalmente abandonado y cerrado con un candado. En ese último año el cura de la Iglesia del Socorro avisó a los británicos que se había desmoronado parte de la pared Oeste, lindante con esa parroquia, y que por allí cruzaban bandidos para saquear monumentos de mármol. Se levantó entonces una nueva pared francesa y se formó un Comité para prevenir futuras depredaciones. Una de las medidas que se tomaron fue ceder la capilla para habitación de distintas familias humildes que se encargarían de cuidar el lugar. Así fue como primero vivieron allí los Clayton (¿Joseph?) y luego, hacia 1847 y por algunos años Jonathan Lewis y su familia.

El cementerio se reabrió provisoriamente en 1853, en tiempos en que el sitio de Hilario Lagos impedía llegar hasta Pasco y Victoria. Después, volvió a abandonarse y para 1883 el terreno ya era un basural. En esa época Retiro había dejado de ser un paraje de quintas y ranchos para convertirse en un barrio residencial bastante exclusivo, a cuyo pie corría el Ferrocarril del Norte. Naturalmente, el antiguo cementerio había quedado fuera de lugar y de tiempo. Así lo comprendieron los británicos, y en Asamblea General de Súbditos Británicos se resolvió

autorizar a un Comité a exhumar todos los restos para trasladarlos al cementerio de Victoria. El Comité a cargo del operativo estaba formado por Henry W. Ford (presidente), Reginald J. Neild (superintendente), Charles H. Krabbe (tesorero), George H. Tucker (secretario), y los capellanes Francis Smith, de la iglesia anglicana, y James Fleming, de la escocesa.

Los trabajos recién pudieron comenzar en julio de 1884, designándose a William Downes para dirigir las operaciones. Todo el trabajo llevó nueve semanas, durante las que el contratista Thomas Burbridge, un anglo porteño, con su cuadrilla de cuatro hombres, tuvo gran cuidado en colocar los restos en cajas previamente asignadas. Lamentablemente, aún cuando se esperaba que algunas personas acudieran a señalar las tumbas de sus antepasados, solo una se presentó, y el cadáver correspondía a los últimos entierros de 1853. Mr. Downes informó haber trasladado 146 cajones y monumentos que los acompañaban. En el plano del cementerio de Victoria consta que en agosto de 1884 se enterraron los restos trasladados de Thomas Dutton, John Britton, Henry G. Bond, Thomas Brown, James Faunch, Thomas Wells, Carlos Melchart, Jame Robinson y Mary C. Baratta, y que los no identificados fueron depositados en fosas comunes. Algunas de las lápidas trasladadas fueron más tarde mudadas al actual cementerio británico de Chacarita, donde todavía pueden verse.

CEMENTERIO PROTESTANTE DE VICTORIA. (HOY PLAZA 1° DE MAYO, ENTRE LAS CALLES HIPÓLITO YRIGOYEN (EX VICTORIA), PASCO, ALSINA Y PICHINCHA).

Al referirnos al cementerio protestante del Socorro (ver), hemos dicho que en mayo de 1827 el cónsul Woodbine Parish inició gestiones ante el gobierno local para que este cediera a la comunidad británica un terreno para levantar su templo en algún sitio céntrico, y aprovechó para pedir un préstamo y otro terreno, separado, para un nuevo cementerio, ya que "el enterratorio británico es muy pequeño, en realidad ya está casi repleto, y es absolutamente necesario organizar algo nuevo (...) hay una parte de los terrenos de la Recoleta que quizá puedan concederse para este objeto, pero, si no, el gobierno tiene otros terrenos disponibles..." El gobierno contestó, el 3 de agosto, que estaba dispuesto a concederles un terreno para iglesia y otro para cementerio pero que la grave situación del país no permitía auxiliarlos con fondos.

Para entonces, Buenos Aires vivía una crisis política que culminaría con la guerra civil de 1829, y ninguno de los gobiernos que se sucedieron tenía tiempo para estas cuestiones. Finalmente, en febrero de 1830, el gobierno de Rosas cedió un terreno para iglesia (ver iglesia anglicana de St. John's) pero no hubo terreno para nuevo cementerio, y los residentes comenzaron a reunir fondos para adquirir uno.

El 21 de agosto de 1832, cuando ya el cementerio protestante del Socorro estaba superado en capacidad, se celebró una asamblea general de residentes británicos en la que el cónsul Griffiths recordó a los presentes que de acuerdo con la ley de sostén del Parlamento Británico (Acta 6, Geo. IV, Cap. 87), el gobierno de Londres se haría cargo de la mitad de los gastos de establecimiento de un nuevo cementerio en la medida que los residentes se hicieran cargo de la otra mitad. La asamblea resolvió que un nuevo enterratorio era "absoluta e indispensablemente necesario" sin más demora; que se estimaba en 350 libras la suma necesaria para pagar la mitad de los gastos de compra y equipamiento de un nuevo terreno; que la asamblea se comprometía a reunir esa suma y entregarla a la comisión de

administración del cementerio del Socorro (a la que se incorporaban el reverendo Brown y John Harratt); que dicha comisión garantizará al gobierno británico la suscripción de la suma estimada y ejecutara lo resuelto en la presente; que se pedirá al cónsul Griffiths que obtuviera del gobierno británico los fondos correspondientes a la mitad de los gastos; que se autorizaba a la comisión a recolectar fondos entre todos los súbditos británicos en general, siendo el objetivo de interés universal; que cualquier suma, mayor a una guinea, constituiría una suscripción, pero que el monto de suscripción sólo daría derecho a un descuento en la compra de un lote a perpetuidad, de acuerdo con una escala (con un sistema de multas); que los no suscriptores pagarían el doble que los suscriptores para la compra de un lote.

La comisión provisoria -encargada de recolectar fondos y adquirir un terreno- quedó integrada por los miembros de la anterior comisión de administración del Socorro: reverendo John Armstrong, George M. Portis, Robert Hill, Samuel Bishop, Adam Young y Watson (John o George), a quienes se sumaron William Brown y John Harratt, que actuaría como tesorero. En septiembre de 1832, John Harratt publicó un aviso en el British Packet pidiendo una quinta cercada de algo menos de una manzana en las cercanías de la ciudad para ser utilizada como "British Cemetery".

En los meses siguientes se propusieron al gobierno varias alternativas de terrenos en los alrededores de la Recoleta, pero como los vecinos de la zona, donde ya estaba ubicado el Cementerio del Norte, se opusieron a la instalación de otro enterratorio, el gobierno sugirió a la comisión que buscara algún sitio en las cercanías "del Molino" (ver William Stroud), al oeste de la ciudad. A mediados de diciembre, ya se había encontrado un terreno en el paraje conocido como Capilla de Salinas, a tres cuadras "del Molino". El predio, que había sido la vieja quinta de La Serna, constaba de una manzana (menos una franja sobre la calle Pichincha) cubierta de pasto y muchos árboles frutales, con entrada fácil y libre de pantanos y, lo que era esencial, con muy pocas casas en su alrededor.

El proyecto fue aprobado en enero de 1833 por el médico de policía, Silvio Garaffot, quien consideró el lugar ventajoso, dejando constancia de la costumbre de los protestantes de poner por lo menos dos varas de tierra sobre el cadáver "y no hacer jamás exhumación alguna ni siquiera de los huesos".

El 31 de diciembre de 1832, John Harratt adquirió de Manuel La Serna y María Luisa Roseti "una quinta cercada de tunas que contiene una pequeña casa vieja, un pozo de balde, y varios árboles frutales, compuesta de una cuadra en cuadro, situada en las inmediaciones de la Plaza de Lorea en el extremo occidental de la ciudad, lindante por su frente calle pública de por medio con otra quinta de doña Pasquala Andrade, por su fondo al Oeste con don Norberto Pando, por el Sur calle de por medio con José Gregorio Pérez, Don Benito Barquin y Doña Epifania Reynoso, y por el Norte también calle de por medio con Don José Elias", por la suma de \$4500, moneda corriente, (suma equivalente a 131 libras de la época).

Curiosamente, los terrenos en el paraje que el gobierno les obligó a elegir eran mucho más caros que los que habían propuesto anteriormente, y el presupuesto estimado ya no alcanzaba para toda la obra. Para entonces, la comisión de organización del nuevo cementerio era integrada por los reverendos John Armstrong y William Brown, James Barton (presidente), John Harratt (tesorero), Duncan Lamont (secretario), John Whitaker, John Downes y Samuel Bishop. Se contrató al arquitecto Richard Adams para que dibujara un proyecto de cementerio y diseñara los edificios necesarios.

En febrero de 1833, se informó que el proyecto y especificaciones para la pared perimetral y los edificios estaban listos para su inspección por los constructores oferentes, en la casa de Adams, de Potosí (Alsina) 60. Un mes más tarde la comisión informó, por el British Packet, que se estaba construyendo una pared perimetral gruesa, y que, lamentablemente, aun con el auxilio del gobierno británico (Acta 6, Geo, IV Cap 87), las suscripciones recibidas no alcanzaban para pagar los gastos de dicha pared más una capilla y los otros edificios, por lo que se reiteraba el pedido de aporte a toda la comunidad.

El 7 de junio de 1833, John Harratt certificó mediante escritura pública que había comprado la quinta con dinero de una suscripción, por lo que declaraba que le correspondía "en posesión y propiedad a todos los súbditos de Su Majestad Británica (..) que residen actualmente y pueden residir en el futuro en esta Capital". Sin embargo, para esa fecha ya se había acordado que la quinta fuera cementerio general de los protestantes de la ciudad, y se había comprometido la cesión de parte del terreno -cercado, nivelado y sembrado- al exclusivo y perpetuo uso de los norteamericanos y alemanes.

El 20 de agosto de 1833 la comisión cedió a los señores Juan Zimmermann, Francis Mohr y Juan Echemberg, delegados de los residentes alemanes, algo más del quince por ciento del terreno (172,5 por 125 pies ingleses) en su frente sobre la calle Alsina. Por otra parte, ya antes de esa fecha habían cedido a los norteamericanos Benjamin W. Frazier, Joseph Dort, Samuel D. Lees, Jacob C. Flint y Dr. Joshua Bond, miembros de la comisión organizadora del North American Burying Ground (cuya asamblea de suscriptores se celebró el 3 de abril de 1833), poco más del diecinueve por ciento del terreno (más tarde éstos cedieron una parte a los alemanes) sobre la calle Victoria (Hipólito Yrigoyen).

Cabe dejar constancia que esas cesiones no fueron escrituradas, lo que trajo problemas muchas décadas más tarde. Mientras tanto, la empresa de albañilería Wilson, Glover & Co. levantaba la pared perimetral y el ingreso (por la esquina de Pasco y Victoria, con portón de hierro) por un precio equivalente a 561 libras; un grupo liderado por un señor Welsh (¿Thomas Walsh?) limpiaba y nivelaba el terreno, y abría avenidas en diagonal, que convergían en el centro general del predio, de acuerdo con el plan de Adams; el mismo Archibald Glover, ex combatiente de Waterloo, y John Smart construían las oficinas y la casa del sepulturero (o sacristán), y el arquitecto terminaba de dibujar la capilla británica, de un estilo neogótico simple pero elegante, que se emplazaría en el centro del terreno general, y cuyos ejes coincidían con las diagonales del predio.

Victoria recibió sus dos primeros muertos británicos el 6 de noviembre de 1833: los comerciantes William Hudson Priestley y Thomas Gowland, ambos fallecidos accidentalmente en el trajín de la revolución de los Restauradores.

Veinte días más tarde, el 25 de noviembre, James Barton colocaba la piedra fundamental de la capilla, y en el pozo se colocaba una inscripción que decía: "IN THE YEAR OF OUR LORD MDCCCXXXIII November 25th, being the fourth year of the reign of WILLIAM IV King of Great Britain and Ireland, and the first year of the administration of his Excellency Sr. Gen. D. Juan Jose Viamont, Governor and Captain General of the Province of Buenos Ayres, JAMES BARTON Esquire, LAID THE FOUNDATION OF THIS CHAPEL, to be called The British Cemetery Chapel, the Cemetery being established conformably to an Act of the British Parliament passed in the sixth year of the Reign of King George IV GOD SAVE THE KING, COMMITTEE. John Armstrong, clerk; Wm Brown, min. of the Scotch Presbt, Church; Samuel Bishop, John Downes; James Barton; John Whitaker; John Harratt,

treasurer, D. Lamont, secretary, Richard Adams, Architect; Archibald Glover, John Smart, Contractors".

El 30 de noviembre de 1833, el British Packet informó bajo el título de "Nuevo Cementerio Británico" que "Con gran satisfacción observamos que el tan necesario establecimiento está en marcha, y ya abierto para entierros. Los terrenos han sido dispuestos y se han plantado árboles, se está levantando una casita para el sepulturero (o sacristán), y el lunes 25 el Comité de Administración se reunió en el terreno para asistir la colocación de la piedra fundamental de una Capilla, que será construida de acuerdo a un diseño proporcionado por Mr. Adams, el arquitecto, en estilo gótico, con capiteles. Cuando esté concluido, el cementerio será un adorno para el vecindario donde está emplazado, será un crédito para los residentes británicos y dará otra prueba de la liberalidad del gobierno de provincia, de tolerancia autorización de las instituciones de otros países en su territorio. También, en perfecta consonancia con esos sentimientos de armonía y buena voluntad que siempre deben existir entre súbditos y ciudadanos de otros reinos, residentes en el extranjero, entendemos, respecto del cementerio británico, que los Alemanes y Norteamericanos tienen sus respectivos enterratorios dentro de la misma pared perimetral; para que, aunque cada uno de los terrenos se encuentra separado, diferenciado y dirigido por su respectiva comisión, sin embargo las comisiones actúen en conjunto en la administración general del establecimiento, y todo el terreno pueda ser considerado el Cementerio Protestante de Buenos Aires...".

El arquitecto Alberto S.J. de Paula ha descrito la capilla como del tipo de "rural inglesa del siglo XIII, con su ábside rectangular y sus pequeñas naves laterales, manteniendo el acceso en el extremo de la nave principal. La diminuta masa de la capilla se aligeraba con los vanos de corte ojival, los pináculos angulares de altura sobresaliente y los cornisamientos almenado".

En mayo de 1834, se publicó el informe y balance del comité organizativo, del que surge que el cementerio en su totalidad costó 1318 libras, que el gobierno británico pagó 499 libras y los suscriptores británicos otras 499, que los alemanes pagaron 145 libras por su porción y los norteamericanos 175 libras suya, que Glover y Smart cobraron 447 libras por la por construcción de la capilla, edificios y portones, mientras que el arquitecto cobró algo menos de 60 libras.

Asimismo, se publicaron los Estatutos del cementerio británico, que establecían, entre otras, las siguientes reglas: se fijaba un derecho de entierro de \$25 para adultos suscriptores y de \$12 para sus hijos menores, mientras que los no suscriptores pagarían el doble, con excepciones para indigentes; los suscriptores tendrían derecho a adquirir una cantidad de lotes (o tumbas) a perpetuidad en proporción con los montos suscriptos, por ejemplo, quien había aportado 5 guineas podía adquirir hasta 6 tumbas con un pago de una libra y 10 chelines por cada una; cada lote tenía 8 pies por 4 (unos 2,50 m x 1,25), excepto aquellos a los costados de la avenida principal que iba a la capilla, destinados a bóvedas familiares (family vaults), cuyo tamaño sería de 10 pies por 6 (unos 3m x 1,80), y que costaban un cincuenta por ciento más que las comunes; los lotes eran libremente transferibles, pero no podían plantarse árboles en ellos; estaba prohibido colocar lápidas o monumentos contra las paredes perimetrales, ni en ningún espacio común, y estaba prohibida la entrada al cementerio de carruajes, carretas, caballos u otro ganado; el sepulturero (sexton) llevaría un registro y entregaría una copia al capellán británico para su registro oficial.

Curiosamente, si analizamos los listados de suscriptores de la parte británica, encontramos que los mayores aportantes fueron los trustees del antiguo cementerio, con algo más de 27

libras, y luego, con unas 10 libras, Charles Griffiths como cónsul británico, la sucesión de Frederick Schmaling, y John Whitaker, que por aquella época era el más destacado de los empresarios de pompas fúnebres de la ciudad. La anterior comisión de organización quedó como comité de construcción y se integró una nueva comisión de dirección: los reverendos Armstrong y Brown, Thomas Sillitoe, William Parlane, Gregory Haxcell. Por su parte, el cementerio norteamericano, cuyo primer comité estaba formado por Joseph Dorr, Samuel D. Lees, George W. Blake, Jacob C. Flint (tesorero) y Henry H. Jones (secretario), también tenía un Estatuto en 1834 con reglas similares a las del británico salvo, por ejemplo, que no se podía transferir un lote a quien no fuera norteamericano.

El cementerio británico fue administrado en los años siguientes por una comisión directiva de la que siempre formaron parte, como miembros *ex officio*, los capellanes de la iglesia anglicana y de la presbiteriana escocesa, y que anualmente publicaba una memoria y elegía una comisión administradora.

En 1836 la integraban, además de los reverendos, Sillitoe, John Rennie y Thomas Jones; en 1841, Sillitoe, John Macfarlane y George Lord quien continuó como tesorero hasta 1849; en 1842, Lord, Alexander Gifford y William Downes; en 1850 John Hughes, Alexander Rodger y Henry G. Coleman. Respecto de las Memorias, la de 1836, por ejemplo, nos cuenta que las plantaciones del terreno crecían y florecían, y los paseos (*walks*) eran mantenidos con suma prolijidad y orden, pues, perteneciendo a Inglaterra en un país extranjero, debían satisfacer a todo súbdito británico que pudiera visitarlos.

A su vez, el cementerio de disidentes en su totalidad era gobernado por una comisión administrativa general formada por seis miembros que representaban proporcionalmente a cada una de las tres colectividades (con los años, la integrarían tres británicos, dos alemanes y un norteamericano). No había cercos entre los tres sectores, todos tenían derecho al uso de la capilla británica y hasta por lo menos 1856 la iglesia episcopal británica (anglicana) mantuvo un registro de entierros conjunto (aunque los tres enterratorios tuvieron además registros propios).

Victoria, en los arrabales de la ciudad, fue en su conjunto un cuidado jardín europeo durante toda la etapa del rosismo. Al igual que el cementerio del Socorro, tuvo algunos funerales fastuosos, largamente comentados, como, por ejemplo, estos tres de 1839; el del joven Juan Benito Zimmermann, hijo del empresario John Zimmermann, a fin de marzo; el del médico James McDonnell (ver) dos días más tarde, y el entierro del marino Edward Lay, en noviembre, Los tres fueron impecablemente organizados por John Whitaker y tuvieron características diferentes.

Respecto del de Zimmermann, sólo diremos que según Thomas George Love, desde la muerte del Comodoro norteamericano George Washington Rodgers, en 1832, no se había visto en la comunidad extranjera un entierro tan numeroso (una procesión de cuatro cuadas) y bien conducido. Sin embargo, aquel 30 de marzo, los caminos estaban en tan mal estado que el cortejo que partió de las Cinco Esquinas debió cruzar el Retiro y entrar por la hoy Florida hasta Rivadavia, para el torcer de allí hacia el cementerio.

En el caso de McDonnell, el cortejo partió de la hoy calle Perú en larga y solemne procesión encabezada por diez caballos engalanados -montados por dos dolientes y ocho "bearers"-, inmediatamente detrás, el conductor, Whitaker, y los emblemas, seguidos por el coche fúnebre, la carroza en la que viajaban Mandeville y el ministro Felipe Arana, luego nueve

carruajes con diplomáticos, marinos y personalidades y finalmente, una cantidad de señores a caballo, todos vestidos de estricto duelo.

En nuestra biografía del capitán Thomas Herbert, hemos relatado el magnífico entierro de su piloto del buque HBM Calliope el marino Lay. Reproducimos aquí lo referido su cortejo fúnebre, que partió desde el hotel de Hunt de la calle 25 de Mayo. a dos cuadras del Fuerte, donde estaban los restos del difunto, para recorrer la distancia hasta el cementerio (unas veinticinco cuadras actuales) Iban a pie, por las azarosas calles porteñas que se hacían senderos polvorientos a medida que se acercaban al cementerio. Más de un centenar de "royal marines" marchaban vestidos de gala y los acompañaban otros tantos particulares, mientras el pueblo de Buenos Aires se agolpaba en balcones, esquinas ventanas para ver el solemne y colorido espectáculo de uniformes tambores banderas y emblemas.

Encabezaba la procesión John Whitaker a caballo, y lo seguían los emblemas mortuorios, un doliente, un alto oficial de marina británico y quince marinos con su armas en posición invertida, la banda del Calliope ejecutando sus instrumentos en duelo - cuatro tambores fúnebres y flautines-, un guardia marina llevando el Union Jack plegado; el féretro en un cajón regimiento adornado sobre el que se había colocado la gorra y espada del muerto, y que cargaban los marineros; suboficiales llevando el palio, un tal Mr. Rivers y un teniente de marina como principales dolientes, los marineros de dos en dos, oficiales y suboficiales, oficiales artilleros (Gun room officers), oficiales del buque HBM Grecian, los capitanes de otros buques de guerra británicos y una gran cantidad de particulares de dos en dos. La procesión marchaba al compás del "himno siciliano y el "himno portugués", que ejecutaba la banda cambiando el son ante cada relevo de tos marineros que cargaban el féretro. Al llegar al cementerio el reverendo Armstrong leyó los oficios y luego los marinos dispararon tres salvas de artillería sobre la tumba. La procesión regresó a paso acelerado, los marinos sujetando sus armas y la banda tocando tonadas más alegres, además del Dios Salve a la Reina.

Cuenta Thomas G. Love que la gran cantidad de criollos y extranjeros que siguieron el cortejo hasta el mismo cementerio, observaban con gran respeto y parecían acongojados por la solemne grandiosidad del espectáculo, Y dice Love: "En cuanto a mi, confieso que pocas veces he sentido tanta emoción como cuando escuchaba los suaves acordes de la música y observaba esa escena con tantos guerreros de mi país. La magnífica figura de los marineros atrajo mucha atención, así como la de los marinos. Es muy raro ver a los marinos armados en tierra. Su porte militar, sus ricas vestimentas, y la manera firme y compacta en que marchaban ha sido tema de conversación en todas las clases sociales. Su jefe, el teniente Stransham, debe haberse sentido algo incómodo ante la cantidad de chicos que lo rodeaban para examinar su espléndido uniforme...".

Pero también Victoria fue testigo de entierros conmovedores por su simpleza, en los que contrariamente a la costumbre de la época participaban mujeres y niños, cuyos pormenores eran relatados por Thomas George Love.

Por ejemplo el de la joven Catherine Gow, de 18 años, en mayo de 1843. Cuenta Love que cuando el cortejo fúnebre llegó a los portones del cementerio, el féretro fue retirado del carruaje y colocado sobre caballetes; cuatro señoritas, cada una vestida de blanco y con un ramo de flores, avanzaron lentamente y se alinearon junto al ataúd, lo levantaron suavemente y lo cargaron hasta la capilla en el más solemne silencio.

O el de Mary Pettigrew, de 12 años, en julio de 1842: "Cuando el cortejo paso por la Iglesia Presbiteriana (calle Piedras), se le reunieron los varones de la Escuela Escocesa, con su maestro, pues las niñas ya habían partido al cementerio, donde al legar se ubicaron de dos en dos a la cabeza de la procesión. El féretro era cargado por cuatro amigos, precedido por el reverendo Brown, la familia y los amigos cerrando la marcha, los alumnos varones formando los flancos. La procesión avanzó en solemne silencio hacia la capilla, donde el antes mencionado señor reverendo dio un impresionante discurso..."

O en noviembre de 1839 el emotivo entierro de las dos bellísimas hijas del constructor de carruajes William Morris, Catherine (23 años) y Sophia (19), víctimas de una repentina y fatal escarlatina. En esta ocasión, Mr. Love, amigo y admirador de las niñas, nos revela su propio desconuelo, se demora en una larga y romántica descripción de las jóvenes, quienes solía observar diariamente desde su balcón, y luego cuenta: 'Nada podría ser más conmovedor que el funeral de Catherine y Sophia Morris. Se llevó a cabo el miércoles por la tarde, en el Cementerio Protestante. Era desgarrador ver la pena del padre, que asistió como principal doliente. En la tumba apenas pudo enfrentar su último y penoso deber y debió ser ayudado por Mr. Thomas Duguid y don Juan Bibó. Dijimos que el funeral fue conmovedor. Era tan triste y extremadamente solemne, y fue seguido con tan honda emoción, porque todos parecían ser conscientes, a medida que pasaba el cortejo, que llevaba a su larga, larga morada, los restos de dos jóvenes mujeres, que sólo tres días antes disfrutaban de salud y parecían 'Two lovely berries molded in one stem'. Carro fúnebre, otro carro fúnebre, decorados con plumaje blanco, más de 100 personas, en cuatro carruajes y a caballo... Al llegar a las puertas del cementerio, cada uno de los féretros fue cargado en los hombros de cuatro hombres y toda la procesión se encaminó hacia la capilla, nada se oía salvo la voz del clérigo pronunciando su sermón de introducción, y los pasos de los numerosos asistentes. El impresionante servicio del funeral fue realizado por el reverendo William Armstrong. Los cuerpos fueron colocados, uno junto al otro, en la misma tumba..."

Victoria permaneció abierto durante casi sesenta años, aunque fue cerrado provisoriamente en dos oportunidades. La primera, desde mayo a julio de 1853, porque el sitio de la ciudad por parte de Hilario Lagos impedía llegar hasta el lugar, y se volvió a enterrar en el Socorro (19 cadáveres). Luego en marzo de 1871, cuando la epidemia de fiebre amarilla azotaba a Buenos Aires, y el gobierno prohibió el entierro de los apestados en los cementerios céntricos.

Las víctimas británicas de marzo y parte de abril fueron inhumadas en el Cementerio Público del Sur (hoy Parque Ameghino), hasta que ese enterratorio se saturó, y las siguientes en el recién abierto enterratorio de Chacarita (hoy Parque Los Andes), muy alejado de la ciudad, lo que obligó construir con urgencia una vía férrea para transportar los cadáveres.

El cementerio protestante, que había recibido algunos muertos por otras causas durante aquellos meses, se reabrió después de la peste en el mes de julio. Sin embargo, a medida que la ciudad había ido creciendo también fueron creciendo las críticas de los vecinos que reclamaban el traslado del cementerio a una zona menos poblada. Por eso, en 1869 la delegación Municipal notificó a los protestantes que deberían trasladarlo, e inició negociaciones con la Congregación de Disidentes Extranjeros para entregarles terrenos en un sitio más alejado y cerrar el de Victoria.

Los británicos se resistieron en un principio y las gestiones llevaron más de veinte años. Finalmente, el 28 de agosto de 1891 se firmó un convenio definitivo por el que la Municipalidad otorgó a la Congregación de Disidentes Extranjeros una fracción de 45.000

metros cuadrados en el nuevo Cementerio del Oeste (Chacarita), y una suma de dinero para aportar a la construcción de una capilla. Los trámites posteriores fueron sumamente complicados, porque la Congregación de Disidentes Extranjeros era una entidad jurídicamente inexistente y la única escritura pública de los terrenos era la de 1833. a favor de los Británicos.

Solo diremos que el cementerio de disidentes de Chacarita se inauguró entre noviembre y diciembre de 1892, con dos sectores, el británico (que absorbió la parte norteamericana) y el alemán.

La propiedad recién se deslindó por escritura pública en noviembre de 1915, durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y se dividieron los sectores con un cerco vegetal, En la Segunda Guerra (1939-1945), cuando el enfrentamiento entre esas nacionalidades se hizo más profundo, se comenzó a construir una pared.

En cuanto a Victoria, el último entierro data de noviembre de 1892, y quedó cerrado durante treinta años. Algunos de los restos fueron trasladados (los últimos en 1923, cuando se entregó la propiedad a la Municipalidad de Buenos Aires), conjuntamente con gran cantidad de monumentos. El resto yace aún bajo la plaza 1 de Mayo, inaugurada el 14 de abril de 1925, y una placa de bronce recuerda que allí hubo un cementerio.